

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ECUACION DE PODER

¿UN TERCER GIGANTE?

EN torno a un liviano episodio deportivo como la visita de los jugadores americanos de tenis de mesa a Pekín, la sutileza china ha dado a entender que podía utilizarse la efeméride para iniciar públicamente un nuevo capítulo en la historia de las relaciones chino-norteamericanas. Decimos públicamente, porque en el oscuro mundo de las negociaciones secretas que proliferan por doquier en esta hora de graves y múltiples tensiones internacionales, el diálogo reservado entre Pekín y Washington siempre ha existido desde el final de la guerra de Corea y pese a los discursos inflamados de los políticos de uno y otro país. Los Estados Unidos, con su presencia activa y beligerante en el mundo asiático, saben perfectamente que el papel de la China comunista ha de ser un día relevante en el plano internacional. Con ochocientos millones de habitantes y una extensión superficial veinte veces superior a España ¿cómo es concebible que país tan inmenso, tan poblado, potencialmente tan rico en recursos de todo orden, pueda quedar marginado en un aislamiento político, en el planeta interdependiente en que vivimos?

El ascendente predominio chino en la disputa ideológica con la Unión Soviética frente a la constelación de los países y partidos de la disciplina comunista ha provocado en Rusia las naturales reacciones de cólera y recelo cuyos altibajos presentamos cada día. Las disputas fronterizas, actualmente acalladas, llegaron al borde del conflicto activo, después de los sangrientos incidentes conocidos. Ahora, terminada la revolución cultural, China parece dirigirse a gran velocidad hacia la obtención de un arsenal militar moderno. Cuatro parecen ser los rumbos de esta nueva tendencia del esfuerzo nacional de Pekín: el submarino de propulsión atómica; el cohete de largo alcance; la fabricación de explosivos nucleares y el satélite espacial. Si, como afirman las informaciones más solventes, el avance en esos cuatro terrenos específicos ha sido espectacular en los últimos años, se comprende la rapidez con que la Administración americana ha recogido la volea de ping-pong para saludar en ella la posible apertura de una era nueva, constructiva y cooperativa, en las oficialmente inexistentes relaciones entre Washington y Pekín.

La incorporación del gigante amarillo al club nuclear y al de la panoplia agresiva de largo alcance es un hecho que modificaría sustancialmente la ecuación de poder que entre los dos

supergrandes sustentan hoy, en difícil equilibrio, la paz del mundo. Los datos básicos variarían radicalmente. Las conversaciones de limitación de armamentos de Viena carecerían de sentido práctico, visto que otro gran poder nuclear se hallaba ausente de los diálogos. Los otros poderes geográficamente vecinos, Japón y la India, tendrían que llevar a cabo una implacable revisión de sus políticas neutralista y pacifista ante el ascenso del poder militar de Pekín.

Hasta ahora, el Régimen de Mao no parecía inclinado a realizar una industrialización masiva del país introduciendo allí la revolución tecnológica de nuestro tiempo. La tradicional cautela o indiferencia del alma asiática hacia los inventos occidentales parecía apoyar con su resistencia pasiva el aislamiento obligado en que la China comunista se movía. Diversos síntomas apuntan a un radical cambio, también en ese sector. Un plan gigantesco de renovación industrial modernísima pudiera alterar en profundidad en un breve plazo de pocos años las estructuras productivas del entero país. Para ello harán falta en cantidad considerable capitales foráneos y técnicas de vanguardia. ¿En qué dirección habrán de buscarlas los asesores de Chu-En-Lai? ¿En Europa? ¿En Norteamérica? ¿En el Japón? La verdad es que en las tres: las potencias europeas, los Estados Unidos y el Japón han sido en uno o en otro momento, de la historia moderna, enemigos públicos o solapados de la grandeza y de la independencia de la nación china, sujeta por ellos a mil vejámenes, imposiciones, desmembramientos, anexiones y por supuesto a invasiones militares y punitivas de toda clase. Pero el desarrollo económico tiene sus condicionamientos y probablemente los gobernantes de Pekín especulan con ese precio y ese riesgo porque son conscientes de lo que un enorme país como el suyo podría pesar en Asia y en el orbe entero, si se convirtiera en un imperio industrial desarrollado.

La Rusia soviética, que ha celebrado recientemente en Moscú el Congreso Mundial de los partidos comunistas con la explícita ausencia de la delegación china, ¿asistirá impasible a la erección del tercer gigante nuclear? ¿Mirará con indiferencia el desarrollo tecnológico de su inmenso rival, que demográficamente es cuatro veces superior? He aquí otra gran interrogante que se plantean los expertos en sovietología de Europa y América. ¿Será cierto, como supone Alsop en reciente artículo, que la disyuntiva «ahora o nunca» se halla sobre el tapete en los más

altos niveles de decisión militar y política del Kremlin? ¿Aventurará Rusia un ataque sorpresivo y preventivo contra las instalaciones nucleares chinas para destruir de raíz el riesgo de una competencia? Pero el mundo actual ¿aceptaría una acción de esa naturaleza sin enfrentarse universalmente contra el atropello? Hay quien supone al Gobierno de la República Popular China, consciente y sabedor de esa tremenda amenaza y por ende dispuesto a dar uno o varios pasos hacia la normalización de relaciones con Washington. Y entre los «policy-makers», que configuran la acción de los Estados Unidos ¿no predominará también la idea de sacar ventajas de esa tensa, peligrosa y dramática rivalidad entre los dos grandes países comunistas?

Si el tercer gigante logra ponerse en pie como gran potencia, el entero esquema de un mundo regido por las dos superpotencias cambiaría de signo. Estaríamos, como ha escrito agudamente René Dabernat, ante una tripolaridad internacional, en la que además la Unión Soviética no sería la primera en el orden militar, ni tampoco la segunda en el orden económico, ampliamente desbordada por el Japón. Estados Unidos se vería gradualmente obligado a revisar sus compromisos de influencia y protección en el Asia oriental. El tercer mundo asistiría con expectante interés al desarrollo y contraste de los «modelos» de sociedad que se le ofrecerían. Modelo americano. Modelo ruso. Modelo chino. Modelo japonés. Y, en fin, a una Europa unida o en trance de unificación el mundo tripolar le daría un margen más elástico de posibilidades para hacer oír su voz, vender su mercancía, exportar su cultura y ofrecer también, el modelo de su sociedad.

Nada de esto es realmente todavía sino posibilidad dentro de otras. Lo único cierto es que la perspectiva de la existencia de un tercer gigante ha conmocionado la sensibilidad de los pueblos que lo pensaban dormido y aislado en la Ciudad Prohibida. Y que la construcción de un Estado moderno eficiente y de alto nivel técnico con el soporte de la mayor población de la tierra sería un acontecimiento de trascendencia universal y no sólo en la China milenaria, de la que decía de Gaulle que tuvo su primer Estado antes de que comenzara la historia.

José María de AREILZA

CUESTION DE IDENTIDAD

EL FINAL DE LA DIASPORA

HA sido el mismísimo doctor Nahum Goldman quien ha dado la voz de alarma. A comienzos de abril, hablando en un kibbutz próximo a Jerusalén, el presidente del Consejo Judío Mundial auguró la casi inmediata extinción de la Diáspora. Y lo hizo, según parece, con palabras graves, lamentatorias: al estilo de Jeremías, probablemente, como corresponde a la tradición.

La referencia que de su discurso publicó la prensa no es demasiado minuciosa, pero no deja muchas dudas acerca del particular. En cierto modo, el doctor Goldman «quiere» que la Diáspora continúe. O, si no lo «quiere», al menos se resigna a su fatalidad flagrante, definitiva: al fin y al cabo, no todos los hebreos esparcidos por el mundo cabrían en Israel, ni siquiera es de suponer que piensen participar en su aventura. Sea como fuere, Nahum Goldman se manifestó en términos de negro pesimismo respecto al futuro de los grupos judíos que permanezcan «dispersos». Poco a poco, afirma, se irán asimilando a las sociedades en que están incrustados, y acabarán perdiendo su identidad «cultural». De momento, aún conservan un estímulo para perdurar: su adhesión a los esfuerzos de Tel Aviv frente a los árabes. Les da motivos para reuniones, colectas, recitaciones rabínicas, plegarias en la sinagoga local. Pero el día que doña Golda haga las paces con los jeques enemigos, este tipo de efusiones político-litúrgicas carecerá de objetivo, y la feligresía tenderá a confundir sus rutinas con las rutinas de los gentiles que la rodean. O sea: apunta el riesgo de que el llamado «judío» desaparezca.

Pero que nadie se apresure a formular comparaciones. No, no es eso lo que Hitler se proponía. Más bien todo lo contrario. Cuando J. P. Sartre escribió aquello de que «si el judío no existiera el antisemitismo lo habría inventado», se quedó corto. De hecho, el judío «es» un invento de los antisemitas. Dicho sea «cum grano salis», por descontado. Las emulsiones étnicas han sido y son muy frecuentes, en todas partes, y, por lo general, producen situaciones de tirantez, a menudo llevadas a extremos sangrientos. Los libros de historia y los periódicos de cada día están llenos de episodios de esta especie. El caso de los judíos, sin embargo, por su universalidad, por su pertinencia multiseccular, y por el odioso alcance del martirio que se derivó,

constituye un emblema siniestro, en el área de Europa y sus ex colonias. Hasta ahora, las tentativas de explicarlo no han sido excesivamente satisfactorias. Quizá porque han pecado de «secutoriales»: en ocasiones, se insiste en la excusa religiosa; otras veces, se esgrimen razones económicas; o el nacionalismo insaciable, que siempre necesita el alimento de un rencor; o... En la práctica, todo se sumó: se complicó, se hizo «cómplice». La verdad es que, durante siglos, el judío nunca dejó de ser alguien «aparte». La exigencia colectiva de una «víctima» —de un «responsable» y de un «adversario», a quien colgar las culpas y en quien desfogar la ira de la propia estupidez— se centró en ellos: en los judíos. El credo les separaba, y también la genealogía: en realidad, fe y raza fueron, a la larga, meros pretextos.

Naturalmente, en la brevedad de esta nota es imposible abordar el tema con un mínimo de rigor. Ni lo pretendo. Con todo, y para mi propósito, basta lo inculcado. El pogrom, los destierros masivos, los «estatutos de limpieza de sangre», los ghettos, las infinitas discriminaciones, las cámaras de gas, formaban parte del metabolismo social de las comunidades «gentiles» —cristianas o paganas—, y el judío era imprescindible para que la cosa marchase. Y el judío, reáctil por su propia condición minoritaria, se vio obligado a nuevas retracciones. Es lo que ocurrió por más de dos mil años. Ahora cambia el planteamiento. En alguna medida, las muchedumbres no judías están avergonzadas de lo que Hitler y sus esbirros hicieron —y Hitler era el no-judío por antonomasia—; por otro lado, la gente va abriendo los ojos por lo que afecta a la verdadera consistencia de los conflictos en trámite. Hay países, además, donde la papilla racista se elabora con otros elementos: negros, amarillos o cobrizos, en cuanto a la piel. El antisemitismo ancestral ya no es tan intenso. No digo que se haya evaporado. Ni mucho menos. De vez en cuando, nos informan los papeles, rebrota la injuria: unas quejas de Moscú, un escándalo en Washington, cementerios mosaicos profanados en Alemania o en Inglaterra, el eterno chiste-cito, oprobioso, fácil en cualquier latitud. Omíto el problema de los moros y sus secuelas a nivel de política internacional, que es otro asunto, aunque no siempre tan «limpio» como aparenta.

Pero, en resumidas cuentas, el antisemitismo ha amainado.

Y si no hay antisemitismo, si no hay un antisemitismo que le «aisle», ¿cómo podrá ser judío un judío? La fidelidad a la Tora es un detalle secundario. En una época propensa a la indiferencia religiosa, y en la que, echando por bajo, el pluralismo confesional va siendo aceptado incluso en los reductos más ásperos, esta particularidad apenas cuenta. Se puede ser circunciso, como se puede ser adventista del Séptimo Día o cofrade del Rosario, sin que el vecino se entere. En unos sitios más, y en otros menos, la tolerancia gana terreno. Por lo demás, las minorías hebreas no han mantenido rasgos «culturales» distintivos, de gran peso. El idioma, que podría ser uno y básico, no lo es. El yidish no pasa de ser un fenómeno provisional y a liquidar, y geográficamente limitado. La «raza», entre la descendencia fija de Abraham y de Jacob, no se traduce en color ni en otras evidencias fisiognómicas escandalosas. ¿Entonces?... Los temores del doctor Goldman resultan comprensibles. Metido en una sociedad que no le es sistemáticamente hostil, el judío corre el peligro de no sentirse judío: corre el peligro de sentirse «idéntico» al resto de la ciudadanía. Le costará su trabajo, claro: no se elimina en cuatro días un resabio de siglos. Pero acabará «asimilándose». A medias, o más, que a medias, muchas familias hebreas de la Europa prehitleriana ya estaban asimiladas.

El tema es apasionante. ¿No eran perfectamente «franceses» Proust y Maurois? El descarrado de Peyrefitte deslizo en su conocida novela una lista impresionante de nombres ilustres, empezando por de Gaulle, si no recuerdo mal, que provenían de la estirpe condenada. ¿Y Modigliani, y Mendelsohn, y Charlie Chaplin, y Marcuse, y Heine, y madame de Staël, y santa Teresa de Jesús, y...? Puede que no: un observador agudo encontraría en éstos, y en los demás, judíos «integrados» un rastro u otro de «singularidad». Los encontraría hasta en Proust y en Maurois. Citar a Kafka sería superfluo: Kafka, por añadidura de todos los «complejos» imaginables, tenía el de ser un judío en la Praga de Francisco-José. Una cierta «intelligencia» cosmopolita de la Europa de entreguerras llevaba en la espalda, o en la pluma, la marca de la estrella de Salomón: Stefan Zweig, Emil

Ludwig. Eran elementos «disolventes». El tripode Marx-Freud-Einstein, tremendamente revolucionario, era judaico a más no poder. Medio judíos fueron o son Eluard, Picasso, Neruda. Etcétera. No ha de sorprender a nadie que Léo Taxil, a sueldo de quien fuera, confeccionase aquella asombrosa tontería de «Los Protocolos de los Sabios de Sión». Y además se podía mentar a Trotski... ¿Judíos? Si por judío ha de entenderse el cliente del rabino de la parroquia, nada de nada. Pero «judíos», en última instancia, en cuanto a través de ellos trascendía una operación crítica estimulante y eficaz. Los antisemitas clásicos, de Voltaire a Hitler, o no lo comprendieron, o deliberadamente lo ignoraron. La paradoja, sin embargo, serían los nuestros: don María Aquiló, el canónigo Tarongí, el señor Miquel Fortez, de una ortodoxia católico-apostólico-romana impecable, y, a la vez, vejados en su isla de origen, por la simple procedencia «racial»...

El judío marginado, perseguido, sacrificado, está a punto de evaporarse, y hemos de congratularnos de que sea así. Sobre todo, quienes, como yo, podemos sospechar fundadamente que descendemos de una cualquiera de las Doce Tribus. El doctor Nahum Goldman saca la consecuencia. Si el judío de la Diáspora pierde su condición de «víctima», dejará automáticamente de saberse judío. ¿Qué será, pues, «ser judío», en ese contexto? Y, como no se chupa el dedo, el doctor Goldman desconfía de la sinagoga. No ignora que, a lo sumo, el paleojudaísmo de su experiencia sólo puede dar un residuo de testimonio tan incómodo, o tan insolente, como la «Portnoy's complaint», de Philip Roth. El rabino peludo y salmudiante, sufre la avasalladora competencia del televisor y de sus seriales y de su publicidad. Moisés se bate en retirada. Y, en esta hipótesis, el final es previsible. Los hebreos que han resuelto empadronarse en Israel dispondrán de un «patriotismo» delimitado y diáfano. Pero los de la Diáspora, eliminada la frontera del «ghetto», ¿qué podrían hacer para seguir siendo judíos? Sólo una vaga rememoración, una «piedad filial» estrictamente lírica, que no pasará a la generación siguiente.

Joaquín FUSTER

¡EN 3 DIAS!
instalamos a medida
CORTINAS y VISILLOS
Tergal y Courtelle
AL PRECIO DE COMPRA POR METRO

PIDA PRESUPUESTO
SIN COMPROMISO **VIMASA** Teléfonos
224 61 29
222 33 85

a PARIS
Lineas
Internacionales
en Autopullman
Lunes, Miércoles, Viernes y Domingos
RENFE - IBERBUS
VERGARA, 2 - Tels 231 08 89 - 222 07 41
y Agencias de Viaje
Precio: 1.250 Ptas.

CORTACESPED
MANUALES
Y A MOTOR

UTILES JARDINERIA
MANGUERAS, ETC.

Chapas onduladas de poliéster

Enrejados, telas metálicas y mallazos

GRANDES ALMACENES
Sepúlveda, 150, Tel. 224-51-81

TARRAGONA